

Marta Tawil

INTRODUCCIÓN: REALIDADES NACIONALES Y DINÁMICAS REGIONALES EN MEDIO ORIENTE DESDE  
LA CAÍDA DE BAGDAD

Foro Internacional, vol. XLIX, núm. 4, octubre-diciembre, 2009, pp. 725-729,

El Colegio de México

México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59921092007>

**FORO  
INTERNACIONAL**

*Foro Internacional,*

ISSN (Versión impresa): 0185-013X

revfi@comex.mx

El Colegio de México

México

¿Cómo citar?

Fascículo completo

Más información del artículo

Página de la revista

**www.redalyc.org**

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

## **INTRODUCCIÓN: REALIDADES NACIONALES Y DINÁMICAS REGIONALES EN MEDIO ORIENTE DESDE LA CAÍDA DE BAGDAD**

MARTA TAWIL

MEDIO ORIENTE INICIÓ EL SIGLO XXI con un futuro incierto y bajo la tutela de potencias occidentales. Ello no significa que desde entonces la región haya carecido totalmente de autonomía, o que la dinámica de la relación entre el sistema regional y el internacional no se haya modificado. Particularmente en la última década del siglo pasado los países de Medio Oriente tuvieron que responder y adaptarse a transformaciones externas como la caída del muro de Berlín y la desintegración de la Unión Soviética, los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos y la ocupación y guerra en Iraq de 2003. Así, en la política regional surgen nuevos temas y regresan viejos desafíos a la superficie, y la correlación entre legitimidad interna y política exterior de los Estados se altera en consecuencia.

Después de debilitar y aislar al Iraq de Saddam Hussein al terminar la Guerra del Golfo, Washington fortaleció la ayuda a sus aliados árabes como Egipto, Jordania y Arabia Saudita, dio a Siria luz verde para imponer su control sobre Líbano, reafirmó el papel de Turquía como pilar oriental de la Organización del Tratado del Atlántico Norte, reconoció a Irán, al menos por un tiempo, como interlocutor, y mantuvo abiertas las puertas a la negociación con los protagonistas del conflicto árabe-israelí. A partir de 1996, sin embargo, en la estrategia estadounidense se fue imponiendo una lectura política de las diversas crisis que aquejan a la región enfocada en la lucha contra el terrorismo, el choque de civilizaciones y la amenaza islámica. Después del 11 de septiembre de 2001, esa óptica se concretó en una política exterior agresiva.

Para Medio Oriente, la invasión de Iraq por las tropas estadounidenses y la caída de Bagdad en la primavera de 2003 representaron la ruptura del frágil equilibrio geopolítico regional que prevalecía desde los años sesenta. Esa ruptura desató dinámicas bélicas que se habían contenido hasta ese momento. Con la guerra en Iraq, las relaciones de poder y seguridad

entre los actores de la región se desarrollan como nunca antes en torno a parámetros de credo y étnicos; esas presiones político-ideológicas transnacionales tienen alcances efectivos y en potencia en las relaciones entre los Estados y sus sociedades, y han vuelto a debilitar la posición diplomática de varios países, sobre todo árabes. Éstos tienen poderes institucionalizados más o menos estables gobernados por autoritarismos consolidados, pero el deterioro continuo de las condiciones económicas, aunado a las frustraciones de las sociedades ante los candados de los sistemas políticos y la conducción de la política exterior de sus gobiernos, son factores que han fortalecido a la oposición islamista y obligado a los regímenes en el poder a concentrar buena parte de su atención y sus recursos a conservar la estabilidad en el frente interno. A esos elementos se agrega la preeminencia de Estados no árabes. Israel y Turquía reúnen capacidades económicas y militares superiores, e Irán, cuya posición es relativamente débil respecto a los otros dos, ha visto mejorar sensiblemente su posición con la marginación de Iraq en la subregión del Golfo, con el desarrollo de capacidades militares convencionales y no convencionales, y con el recurso de instrumentos políticos e ideológicos.

Fragmentado en una multiplicidad de actores y crisis (como la palestina, la libanesa y la iraquí) difícilmente susceptibles de solucionarse de manera individual, Medio Oriente sufre, pues, un vacío de poder y de legitimidad. ¿De qué manera los Estados de la región recurren al sistema internacional para perseguir sus objetivos de política interna y cómo compaginan sus ambiciones regionales e internacionales con los intereses de sus sociedades y sistemas políticos? En este número de *Foro Internacional* reconocidos especialistas en Medio Oriente contribuyen, desde disciplinas específicas, a examinar y ejemplificar algunos de los actores, temas y desafíos en esta región, particularmente desde la caída de Bagdad en 2003. Ofrecen, además, un panorama de las fracturas del sistema internacional que encauzan las dinámicas del conflicto y la seguridad regionales.

El número inicia con el capítulo de Philippe Droz-Vincent, quien subraya la importancia de factores externos –en particular el papel determinante de la política exterior de Estados Unidos– en la configuración de las dinámicas regionales y la definición de la seguridad en Medio Oriente. A pesar de ese hecho evidente, que confirma la asimetría estructural del poder internacional, el intervencionismo exacerbado de Washington bajo la administración de George W. Bush tuvo efectos perversos que reintrodujeron el realismo en las políticas de la potencia hegemónica mediante dos componentes principales: el “apoyo” a la democracia y el proyecto de reconstrucción de los Estados (*state-building*). Droz-Vincent se pregunta si un modelo de seguridad y estabilidad regional puede realmente surgir de

estos objetivos que orientan la política estadounidense (y europea) frente a obstáculos mayores, como son la multiplicidad de actores y conflictos, y la falta de credibilidad del poder norteamericano.

Delphine Lagrange, en segundo lugar, trata el tema de la diplomacia francesa en el conflicto palestino-israelí, y arguye que específicamente desde la presidencia de Charles de Gaulle Francia ha propuesto una visión alternativa a la de Estados Unidos como resultado de su estatus de “potencia media”. Sin embargo, los efectos de la crisis iraquí de 2003 en las relaciones con Washington, así como factores coyunturales y estructurales, sirven a la autora para explicar el giro atlantista que los dirigentes franceses operaron en la política de su país hacia el Cercano Oriente con el fin de acercarse a Estados Unidos. Dos de los casos más emblemáticos del abandono de Francia de su posición tradicional hacia el conflicto árabe-israelí son su papel durante la crisis sirio-libanesa de 2005 y su posición frente a la victoria electoral de Hamas en las elecciones legislativas palestinas de enero de 2006.

Marta Tawil presenta un estudio de las relaciones entre Rusia y Siria desde los años noventa y las motivaciones detrás de su fortalecimiento después de 2004. La actividad diplomática de Damasco hacia Moscú muestra la interdependencia coyuntural y, por lo tanto, cambiante que existe entre los ámbitos militar, económico y político-diplomático en la política exterior de los Estados; también revela, a la luz de los objetivos internos (relacionados con la seguridad del régimen), que el creciente peso de las imágenes que proyectan las interacciones sirio-rusas en el plano diplomático se acompaña de factores tradicionales asociados a la seguridad. Ambos permiten tanto a Damasco como a Moscú poner en práctica la autonomía que reivindican en sus posiciones en relación con la política norteamericana.

En el cuarto artículo, Massimiliano Trentin analiza la diversificación de la economía de Siria y, con base en ella, el dinamismo económico y comercial de Medio Oriente, así como la multipolaridad del sistema internacional en el ámbito económico. La evolución en las relaciones de poder internacional se hace patente con la importancia que han adquirido para los países árabes, y para Siria en particular, los mercados de Asia, Turquía y Rusia, o con la creciente afirmación económica y financiera de países como Qatar y los Emiratos Árabes, que ejercen un contrapeso al poder de Arabia Saudita. Las consecuencias que tendrá la multipolaridad económica en el modelo de desarrollo que Damasco intenta aplicar quedan por verse; lo cierto es que, como sostiene Trentin, en Siria se observa un proceso de “domesticación” del neoliberalismo en momentos en los que el poder que tenían los principales patrocinadores occidentales para aplicar políticas de este tipo se ha visto disminuido.

La reorganización de alineamientos estratégicos en la zona desde la caída de Bagdad ha implicado el “regreso” de viejos actores no árabes como Turquía, país que, a pesar de las promesas de ayuda masiva del gobierno norteamericano, se negó a permitir a Estados Unidos el desembarco de tropas en su territorio para invadir Iraq en 2003. En su trabajo, Mustafa Kibaroglu explica las discontinuidades en la política exterior turca y evalúa el ritmo del cambio en las relaciones de Ankara con sus vecinos inmediatos (Iraq, Irán, Siria e Israel) en torno a dos variables independientes principales: una interna, relacionada con la llegada al poder del Partido de Justicia y Desarrollo (AKP, por sus siglas en turco) en noviembre de 2002, y otra externa, vinculada a los efectos del 11 de septiembre de 2001. En particular, para quienes toman decisiones en Turquía el espectro del separatismo kurdo en Iraq constituye una amenaza grave a la integridad territorial, lo que propicia el acercamiento y la cooperación en materia de seguridad e inteligencia con antiguos enemigos, como Siria e Irán, y el distanciamiento de aliados tradicionales, como Israel.

Irán es otro país no árabe que sobresale en la reconfiguración del poder en Medio Oriente. Luis Mesa Delmonte estudia el componente nuclear en la política exterior de Irán y sus relaciones con Estados Unidos. Las diferencias entre la política de George W. Bush y la de la administración de Barack Obama hacia el factor nuclear de la estrategia iraní no esconden la complejidad de la relación bilateral, definida tanto por un lenguaje de amenaza como por reacomodos que dan espacio a la apertura y la negociación. El autor integra al análisis el peso de los elementos constitutivos del escenario político en Estados Unidos e Irán (la correlación entre legitimidad interna y política exterior), así como el juego diplomático de nuevos y antiguos actores extra-regionales como Rusia y, en menor medida, China. Esos elementos revelan que la importancia de las adquisiciones militares y nucleares de Irán, y sus forcejeos con Washington, pueden medirse a partir de consideraciones tanto de disuasión militar como de diplomacia y de prestigio.

Bernard Botiveau escribe sobre la evolución del problema neurálgico de la zona: el conflicto palestino-israelí. Las experiencias de negociación entre palestinos e israelíes durante los años noventa revelan graves deficiencias estructurales que representaron serios obstáculos al éxito de las iniciativas diplomáticas. Los cambios en el escenario internacional y la evolución de los diferentes actores políticos en la sociedad palestina, relacionada con la reconfiguración del movimiento nacional palestino, son otras dos consideraciones centrales mediante las cuales el autor destaca las consecuencias de la asimetría de las posiciones en el conflicto, los problemas de la mediación norteamericana y su insistencia en el paradigma de la seguridad, el inmovilismo de la Unión Europea y la lógica unilateral de la política

israelí. Todo esto pone de manifiesto la emergencia de un nuevo enfoque que abandona la idea inicial de un Estado palestino independiente a favor de la menos ambiciosa “solución a dos Estados” que en la práctica equivale a una autonomía palestina estrechamente dependiente de Israel.

La colaboración de Pedro Buendía e Ignacio Álvarez-Ossorio examina un tema cuya magnitud empieza a hacerse evidente: el de los refugiados iraquíes. Mediante una reseña de su situación con datos sobre los millones de personas que viven en campamentos, principalmente en Siria, Jordania y Líbano, los autores hablan del riesgo de “palestinización” de la realidad de los refugiados iraquíes, esto es, de que se trate a estos últimos como una cuestión exclusivamente humanitaria y no se busquen soluciones políticas. De esta forma, los autores sientan las bases para el estudio comparado de ambas realidades trágicas. En los dos casos se mezclan intereses regionales y dinámicas políticas internas de los países más afectados por el flujo de estos refugiados en sus territorios, y se corre el riesgo de generarse una situación insostenible en el plano demográfico, económico y de la seguridad. A este respecto, la inestabilidad que se genera en los países de acogida es evidente: los índices de delincuencia y violencia, el riesgo de infiltración y avance de fuerzas salafistas, y el encarecimiento del costo de la vida son algunas de sus principales dimensiones.

Del panorama general que proporcionan los artículos del presente número de *Foro Internacional* se desprende que Medio Oriente no cuenta con altos niveles de integración o cooperación económica, política o de seguridad, sino que se caracteriza por una diversidad de interacciones, mensajes, actores y acciones. Estas circunstancias condicionan la política exterior de los países de la región, difuminan la línea que divide los niveles de análisis local, regional e internacional, y afectan la perspectiva de restablecer un sistema de seguridad regional estable. Los trabajos que pudieron integrarse a este número ofrecen elementos para reflexionar sobre temas generales como: la regionalización de la guerra en Iraq, las consecuencias de la política estadounidense y del juego de las grandes potencias; el peso de los liderazgos como variable crucial en las iniciativas diplomáticas para la paz, los dilemas entre el poder y la seguridad en el proceso de adaptación de las políticas exteriores y la influencia que las percepciones de las amenazas y oportunidades tienen en la conformación de estrategias de seguridad de los Estados, entre otros. En suma, este número especial espera contribuir a comprender la realidad compleja de Medio Oriente proponiendo una lectura que abarca tres ámbitos: el de los desafíos regionales –la paz, el territorio, los refugiados y la seguridad; el internacional, que destaca los grandes actores como Estados Unidos, Francia, Europa y Rusia; y el interno, como teatro de resonancia y a la vez condicionante de las relaciones internacionales de Medio Oriente.